

doncella de singular hermosura que tenían encerrada allí los viles ministros de los placeres del rey. Esta desgraciada víctima de la codicia de sus parientes estaba de rodillas, y lloraba con la mayor amargura delante de una imagen de la Virgen que había al lado de la cama, conforme á las costumbres de un siglo en que se pretendía conciliar la licencia y tal vez la disolución con las prácticas propias de la piedad. Preguntóla el rey cuál era el motivo de su aflicción. «Ah príncipe (le respondió aumentando sus lágrimas y sollozos), en el nombre de aquella á quien reverenciáis en esta pintura, y que no hubiera sido Madre de Dios si hubiese perdido el tesoro de su pureza, conservadme mi honor!» Después de esto dijo que sus padres la habían vendido y entregado contra su voluntad, para mejorar de fortuna por este medio vergonzoso. El rey, lleno de sentimiento y de una bondad (dice Felipe de Comines) que no tuvo jamás otra igual, la preguntó si no se había presentado algun hombre de bien á pedirla por esposa, y ella le dijo que un ciudadano de Asti, pero tan pobre que le faltaba mucho para llegar á una medianía. Convencido y enternecido al ver el candor con que se explicaba aquella infeliz, digna de mejor suerte, mandó Carlos que se le presentase inmediatamente el pretendiente con los padres de la doncella; reprendió á estos con acrimonia, convino en los artículos del matrimonio y pagó anticipadamente la dote. Hecho esto, les mandó que guardasen el mas profundo silencio acerca de lo que había pasado, y le guardó él mismo con mucha mayor escrupulosidad.

Esta acción heroica colmó de las mas abundantes bendiciones de la gracia al rey Carlos VIII, el cual pareció desde entonces un hombre enteramente nuevo en punto de Religión. Desde esta época notable empezó á arreglar seriamente su conducta, y aun sus

palabras, que eran antes bastante licenciosas; pero en lo sucesivo fueron siempre conformes á las reglas del mas severo pudor, y espresaban las mas veces el temor de Dios y el mas tierno afecto á sus pueblos. Atendió con particular cuidado á la conservación del orden público y á la restauración de la disciplina eclesiástica, que es uno de sus principales apoyos; y reformó en cuanto le fué posible la pluralidad de beneficios y la residencia inútil de los beneficiados en la corte. Duplicó las limosnas, se acostumbró á confesarse con frecuencia, oía por sí mismo las quejas de sus vasallos, los conciliaba en sus disensiones, hacia que se administrase justicia con exactitud y brevedad; depuso á los malos jueces, y tomó providencias para nivelar el gasto de su casa con las rentas de sus posesiones, y para no imponer tributos sino en las necesidades extraordinarias, tomando antes el parecer de los Estados ó cortes del reino (1).

Continuando el rey su expedición de Italia, se presentó delante de la ciudad de Roma. Los romanos estuvieron tanto mas distantes de oponer ninguna resistencia, cuanto que al ver que se hundió de repente una parte de sus murallas, se persuadieron que el cielo quería entregar la ciudad á los franceses. El Papa se retiró al castillo de Sant-Angelo con solos dos cardenales, y el rey hizo su entrada en la ciudad con muchas encendidas y con mayor pompa todavía que en Florencia. Le salieron al encuentro todos los magistrados, y le presentaron las llaves en nombre del Pontífice y del pueblo romano. Puso en todas partes cuerpos de guardia, y no hubo diferencia entre esta toma de posesión y la de una plaza conquistada por asalto, sino en que se abstuvieron religiosamente de todo saqueo y de todo desorden. Muchos cardenales que habían

(1) Comin. l. 8, c. 18.

abandonado al Papa, instaron al rey para que se apoderase de su persona, é hiciese que se le formase causa según las disposiciones canónicas. Sobre todos se dice que el cardenal de San Pedro *ad vincula* espuso que Dios había conducido al rey como por la mano á la ciudad de Roma para enjugar las lágrimas y dar fin al oprobio de la Iglesia; que en calidad de hijo primogénito de ella debía el rey de Francia, á ejemplo de sus predecesores, librarla de un intruso que había adquirido el título de Papa á fuerza de dinero; que Alejandro era aborrecido en todo el mundo cristiano por su rapacidad, disolución é impudencia, y que solo ocupaba la Silla de San Pedro para hacerla despreciable á los infieles, para autorizar la blasfemia y hacer que triunfase la impiedad.

Carlos VIII, lleno de respeto á la Silla apostólica, y gobernándose al mismo tiempo por el dictámen de Brizonnet, que aspiraba al cardenalato, creyó que estos consejos eran demasiado violentos y prefirió el medio de hacer tratados; pero á ello opuso el Pontífice muchas dificultades. Fué inútil la intimación que se le hizo para que entregase el castillo de Sant-Angelo, pues se mantuvo inflexible hasta que habiendo visto asediada contra el lugar de su refugio una artillería formidable se figuró que iba á quedar enterrado debajo de sus ruinas. Entonces salió del castillo, después de haber convenido en casi todo lo que se le había propuesto, pero bien determinado, como lo acreditó la experiencia, á cumplir solamente lo que le era ventajoso. A pesar de su parcialidad ofensiva, el rey, venerando á Jesucristo en su representante, aunque indigno, le rindió sus homenajes religiosos con tantas demostraciones de honor y reverencia, que para perpetuar el Papa la memoria de una sumisión tan lisonjera de parte del rey mandó que se pintase este suceso en la ga-

lería del castillo de Sant-Angelo. Brizonnet, que era á la sazón obispo de San Malo, recibió el capelo desde la primera conferencia que tuvo el rey con el Papa (1494).

Uno de los principales artículos del tratado entre las dos potencias, era que el desgraciado Zizim, hermano del sultán Bayaceto, había de pasar desde las manos de Alejandro VI á las del rey Carlos, á fin de que sirviese de instrumento para realizar los designios que tenía con respecto al imperio de Oriente, fundados en la donación que de él le había hecho Andrés Paleólogo, heredero de aquel imperio, como hijo primogénito del príncipe Tomás, hermano del emperador Constantino, que perdió la vida en el sitio de Constantinopla sin dejar hijos. Este fué sin duda alguna el motivo porque Carlos VIII, según la relación de sus historiadores, hizo su entrada en Nápoles en traje de emperador y fué saludado en aquella ciudad con el nombre de Cesar Augusto. Pudo lisonjearle este título mientras conservó alguna esperanza de llevar á Tarquía la guerra de Italia, como lo deseaba; pero luego que desconfió de poder realizar este pensamiento, por haber perdido el reino de Nápoles, hizo tan poco caso de la donación de Andrés Paleólogo, que la trasladó el príncipe griego á los reyes de España, Fernando é Isabel, sin que diese Francia la menor señal de desaprobación. El príncipe Zizim fué entregado efectivamente al rey Carlos, á quien no se le hubiera podido negar impunemente cosa alguna, y este monarca salió de Roma con él para ir á Nápoles; pero en el camino se sintió el príncipe turco acometido de unos dolores agudos que acabaron con él en muy poco tiempo. Se dice, aunque sin ningún fundamento sólido, que murió cristiano. A pesar de la inclinación con que miraba á las naciones cristianas, y con especialidad á los caballeros de Rodas, se había mos-

trado siempre muy adicto á la ley de Mahoma. Dejó un hijo que abrazó verdaderamente el cristianismo y que, habiendo sido hecho prisionero en Rodas, fué muerto de orden de Solimán.

Hizo mucho ruido la muerte de Zizim, y casi todas las sospechas recayeron en el Papa, de quien se decía que le había entregado á Carlos VIII despues de haberle dado veneno, ya por resentimiento contra el rey, cuya expedición á Turquía deseaba ver frustrada, ó ya por su pasión dominante del dinero y la elevación de su familia. Además de que entregando Alejandro á Zizim perdía la pensión anual de cuarenta mil ducados que le pagaba Bayaceto por la guarda y manutención de su hermano, le escribió el sultán que si daba muerte á este príncipe y enviaba su cadáver á algun puerto de Turquía, le daría trescientos mil ducados en recompensa para comprar un principado á favor de uno de sus hijos (1). Por otra parte, se lee en los anales turcos (2) que Zizim fué envenenado por un oficial de los genizaros llamado Mustafá, al cual envió Bayaceto con este designio, prestando que su ida tenía por objeto el pago anual de la pensión, y que corrió la voz de que lo había ejecutado con auencia del príncipe de Italia, que así llaman los turcos al Papa; y añaden los mismos anales, que consintió el Pontífice en la traslación del cadáver, el cual fué llevado á Prusa ó Bursa, ciudad de Bitinia, donde está el panteón de los príncipes otomanos.

Aunque privado de Zizim, no por eso dejó Carlos VIII de continuar su expedición con la mayor actividad. Había recorrido en cuatro meses toda la Italia, y en quince días conquistó el reino de Nápoles. Todas las clases del Estado se hallaban ya cansadas

(1) *Epist. Ital. Princ.* vol. 1, ep. 6.

(2) *Leunclav.* 4. 16.

de la tiranía de los reyes de la rama bastarda de Aragón y tendían sus brazos á los franceses como á sus salvadores (a). Al acercarse los franceses abandonó Alfonso la corona á su hijo, y salió precipitadamente de Nápoles, teniendo muy oculta su evasión. A cada paso se figuraba que le seguían los alcances del enemigo, y por la noche despertaba dando voces y diciendo que iba á caer en sus manos. El ruido del aire, el movimiento de las hojas, las mismas piedras y los objetos mas insensibles, aumentaban por momentos sus terrores pánicos. Logró pasar á Messina, y fué á encerrarse en un monasterio del Monte Olivete, donde parece que hizo una vida ejemplar, y reparó, lo mejor que pudo, los escándalos de su vida pasada. Dichoso el si conservó allí el grado de fuerza cristiana que es esencial á toda virtud y sin el cual todo el buen ejemplo que se da solamente es útil á los que le reciben! No tardó el joven rey Fernando en verse obligado, como su padre, á huir de Nápoles, pero sin entregarse á la desesperación y reservándose para mejores tiempos.

No estaban estos muy lejos. La entrada triunfante del monarca francés en la capital (1495) y el establecimiento de su poder en todo el reino, causaron gran sobresalto en Constantinopla. Los príncipes de Italia, y especialmente el Papa, cuyo sobrino, entregado en rehenes á Carlos VIII, había desertado, los venecianos y el pérfido duque de Milan, sostenidos por el emperador y por el rey de España, formaron una liga á fin de abatir á los franceses, los que con su altanería y mala conducta habían mudado enteramente las primeras disposiciones de los napolitanos con respecto á ellos. Cuando embriagado el rey con sus triunfos hasta

(a) Creemos escusado repetir aquí que el autor que esto escribe es francés. (N. del E.)

entonces no interrumpidos, se disponía, según dicen, á pasar á Grecia contra los turcos, tuvo noticia de la conspiración general de los italianos contra él. Ya se había asegurado de muchas ciudades marítimas de Oriente y había preparado gran cantidad de armas para los cristianos del país, que debían engrosar su ejército, pues estos le habían enviado á decir secretamente que se sublevaría toda la Grecia luego que llegasen allá sus tropas. Por otra parte, Bayazeto no era belicoso, y le despreciaban tanto sus vasallos, que no era de esperar que hiciesen grandes esfuerzos para defenderle. Dicese que los venecianos y el Papa dieron aviso al sultán de este proyecto y de toda la correspondencia que tenía en Oriente el rey Carlos, por cuya causa perdieron la vida ó los bienes mas de cincuenta mil cristianos.

Desde el principio de la expedición de Carlos VIII había enviado Alejandro VI agentes al gran señor, de acuerdo con el rey de Nápoles, para hacerle presente que aquel joven monarca iba á Roma con el designio de apoderarse de Zizim, de conquistar al paso el reino de Nápoles y de dirigirse luego á Grecia y á Constantinopla; que al contrario, Alejandro no deseaba mas que la tranquilidad y sosiego de su alteza, en consideración á la sincera amistad que reinaba entre ellos, y que gobernándose por el mismo principio le advertía, sin perder un instante, que le importaba infinito detener en Italia el mayor tiempo que le fuese posible las armas de aquel príncipe inquieto y capaz de cualquiera empresa por arriesgada que pareciese (1). Agradeció Bayazeto el aviso, envió embajadores al Papa para hacer un tratado formal, y se obligó, según dicen algunos autores, á darle doce mil hombres de tropas veteranas, mitad de infantería y mitad de caballería. Al mismo tiempo pedía el

(1) *Mem. de Com. t. 5, p. 460.*

capelo para Nicolás Cibo, arzobispo de Arlés. Tal era la intimidación que se dice reinaba entre el Papa y el gran turco. Sin embargo, parece que Bayazeto no llegó á enviar los doce mil hombres.

Despues de haber dejado guarnición en las plazas mas importantes del reino de Nápoles, salió de allí el rey Carlos con el resto de su ejército, que no llegaba en todo á nueve mil hombres. Los italianos coligados contra él habían reunido ya de treinta y cinco á cuarenta mil, y fueron á acometerle en el desfiladero del Apenino, cerca de la aldea de Fornovo, en el ducado de Parma. A pesar de la desigualdad del número, que según Guicciardini era menos considerable, pero siempre muy superior, la intrepidez del rey en lo más fuerte de la refriega, el celo de las tropas que le idolatraban, y la codicia italiana que se cebaba mas en el pillaje que en la pelea, proporcionaron á los franceses una victoria completa. Al salir de Italia cogió Carlos los mismos laureles que al entrar en ella; pero no sucedió así á los franceses que había dejado para que defendiesen el reino de Nápoles, pues oprimidos con la multitud de enemigos indigenas y extranjeros, le perdieron casi tan pronto como le habían conquistado. Los napolitanos llamaron al rey Fernando despues de haberle obligado á salir fuera de sus Estados. El rey de España, que reputaba justo todo lo que le era ventajoso, le envió tropas de acuerdo con los venecianos, no obstante el tratado contrario que había hecho con Carlos VIII, el cual le había entregado los condados de la Cerdeña y del Rosellon empeñados á Luis XI, aun sin exigir los trescientos mil escudos de oro porque estaban empeñados. Temió que dueños de Nápoles los franceses quisiesen apoderarse tambien de la Sicilia que le pertenecía. Como tenía grandes miras acerca de la Italia, envió allá al mejor capitán de sus Estados, al célebre

Gonzalo Fernandez de Córdoba, á quien, según la amenaza de Carlos VIII, el valor francés no confirmó completamente el sobrenombre de «gran capitán» que había ganado guerreando contra los moros. D'Alegre y d'Aubigni, sin tomar títulos tan pomposos como el castellano, batieron á su vista al rey de Nápoles, y le causaron tanto asombro que tomó soleta aun antes de que se le atacase. Pero al fin los franceses, arruinados con sus propias victorias, y destituidos de toda esperanza de socorro, al mismo tiempo que se presentaban diariamente nuevos ejércitos contra ellos, se vieron vencidos en algunas plazas y precisados á evacuar las demas, y por último hubieron de renunciar, á lo menos por algun tiempo, á aquella fatal conquista.

El rey de España, que de ese modo quebrantaba los compromisos contraídos con los franceses, no estaba mejor dispuesto á cumplirlos con los turcos. Por la capitulación de Granada se había obligado á conservarles sus derechos y sus privilegios y á dejarlos vivir en paz en España bajo la protección de las leyes y de la autoridad pública; pero casi inmediatamente despues los obligó á que ó recibiesen el Bautismo, ó saliesen del reino. Había prometido espresamente á su rey el libre ejercicio de su religion, y pretendió obligarle á recibir el bautismo; lo cual obligó á Boabdil á ceder sus posesiones y todas sus rentas por cien mil ducados pagados al contado, y despues se retiró, con mas odio que nunca al nombre cristiano, á la corte del rey de Fez. Asimismo pasaron á Africa los musulmanes mas acaudalados; por manera que apenas quedaron en España mas que unos pocos miserables que aparentaron convertirse, si bien secretamente continuaban practicando los ejercicios de su religion. Despues de esto el rey Católico mandó reparar las antiguas iglesias del reino de Granada, y fundó en

él cuatro catedrales, la primera en la capital, con título de metropolitana, y las otras tres en Málaga, Guadix y Almería. La bula de erección es del mes de abril de 1495 (1). En el mismo año entró Fernando en el goce de los derechos y rentas de los grandes maestrazgos de Santiago y Alcántara, y había tomado ya posesion del de Calatrava desde el tiempo de Inocencio VIII, primer autor de estas concesiones. Entonces le confirmó tambien Alejandro VI el título de Rey Católico, y aun por hacerle mas favor, quiso despojar á los reyes de Francia del de Cristianisimos y dárselo á él; pero lo impidieron los cardenales. Se ve pues que si Fernando el Católico sirvió á la Iglesia no fué gratuitamente (a).

(1) Bullar. l. 4, p. 230.

(a) Causa ira ver con qué colores tan negros presenta siempre nuestro autor la conducta de los Reyes Católicos Fernando é Isabel. Mucho habríamos de entendernos si hubiéramos de hacernos cargo de todas las acusaciones que les dirige; pero si bien en la reseña que hagamos de ese reinado se verá la exageración con que nuestro autor le presenta, no podemos resistir al deseo de decir algo aquí. Ante todo y pues nuestro autor cita mas abajo á nuestro historiador Mariana, plácenos copiar algunos párrafos de este ilustrado autor, para que se vea cuán diferente es la pintura que él nos hace de los reyes Católicos de la que nos presenta Henrion. Hé aquí cómo se expresa al comenzar el libro 26: «Concluida la guerra de Granada con tanta honra y provecho de toda España y echado por tierra el señorío de los moros al cabo de tantos años que en ella duraba, los reyes don Fernando y doña Isabel volvieron su pensamiento á nuevas empresas, mayores y mas gloriosas que las pasadas. Valerosos príncipes y grandes, pues ni de día ni de noche sabian reposar, ni pensaban sino cómo pasarían adelante, y por el camino que habían tomado, llevarían al cabo sus intentos muy santos, que todos se enderezaban á la gloria de Dios y al ensalzamiento de la Religion cristiana.... A vista de esto, júzguese de la exactitud de las calificaciones de Henrion.— Tambien este presentaba poco antes al rey Fernando como ingrato al de Francia, por haberle este devuelto los condados de Cerdeña y Rosellon; véase pues cómo en el mismo capítulo se expresa Mariana: «...El rey D. Fernando otrosi hizo salir su gente de Bratana por lo poco que allí hacían, y con esperanza que se le dió de restituírle lo de Ruzsellon y Cerdeña, conforme á lo que Luis onceavo de Francia dejó dispuesto en su testamento, movido de su conciencia y á persuasión de fray Francisco de Paula, fundador de los Mínimos, al cual hiciera venir desde lo postrero de Italia...., y persuadido de sus razones, antes de su

El rey de Portugal, á ejemplo y por impulso del de España, obligó á todos los moros, y aun á todos los judíos establecidos en su reino, á salir de él en cierto término, so pena de quedar como esclavos si no lo cumplían. Obedecieron los moros y pasaron á Africa (1496). Pero hubo mucha mas dificultad en cuanto á los judíos, porque no tenían ningun asilo. Para mayor desesperación suya, les quitaban todos los hijos que no habían cumplido catorce años, y los bautizaban contra la voluntad de sus padres. Muchos de estos infelices quisieron mas precipitar á sus hijos en los pozos, que verlos bautizados; y otros se mataron á sí mismos. Persecución no menos contraria á las máximas del Evangelio que á las leyes de la justicia, como advierte (1) el español Mariana (a). ¿Se debe, ó mas bien se puede siquiera obligar á los hombres á que profe-

muerte enviara al obispo de Lombes y al conde de Duois para que hiciesen la entrega de Perpiñan; mas como el rey falleciese á la sazón, los que gobernaban el reino les mandaron dar la vuelta sin efectuar el orden que llevaban.—En cuanto á lo de Boabdil, el señor Lafuente, que refiere con detención lo que fué de los principales personajes moros de Granada, nada dice de que se le obligase á recibir el bautismo ó á salir de España. Si los reyes católicos veían con recelo su permanencia en el reino, apelaron á otros medios para conseguir que saliese habiéndole satisfecho por sus posesiones cantidades considerables, con las que en el reino de Fez, á donde pasó, levantó un palacio parecido al de la Alhambra.—Bastan por ahora estas ligeras indicaciones.

(1) Marian. l. 26, n. 73.

(a) Lo que leemos en Mariana, lib. 26, cap. 1, es lo que sigue: Despues de referir la espulsion de los judíos de España, acerca de lo cual hablaremos mas adelante, añade: «Gran número desta gente se quedó en Portugal con permiso del rey D. Juan el segundo, que les dió con condicion que cada uno dellos pagase ocho escudos de oro por el hospedaje, y que dentro de cierto tiempo que se les señaló, saliesen de aquel reino con apercebimiento que pasado el dicho término serian dados por esclavos, como muchos dellos le fueron dados adelante, y despues por el rey don Manuel les fué restituída la libertad luego al principio de su reinado.» Y luego en el capítulo 13, hablando del reinado de don Manuel, dice: «Publicóse un edicto por el cual puso en libertad á los judíos que su predecesor como queda apuntado, había dado contra razon por esclavos.» Esto es lo único que leemos en los citados pasages de Mariana.

(N. del E.) B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

sen una religion que miran con horror? ¿Es lícito, en caso de que lo resistan, privarlos de la libertad que recibieron del cielo, y quitarles sus hijos, que son el don mas inenagenable de la naturaleza? La Religion no desaprueba menos que la razon unos homenajes forzados que la prostituyen á la hipocresía y al sacrilegio.

Hizo tambien el rey de Portugal que se dispensase el voto de castidad perpétua á las órdenes militares establecidas en sus Estados, y que se permitiese el matrimonio á cuantos las profesasen en lo sucesivo. El objeto de la dispensa fué remediar el escándalo de la vida licenciosa de aquellos caballeros, los cuales habían llenado de hijos naturales el reino. Pero de aquí resultó otro abuso, porque en vez de emplearse, según su destino, contra los enemigos del nombre cristiano los cuantiosos bienes que la fe y la piedad habían proporcionado á dichas órdenes, recayeron en aquel tiempo en cortesanos voluptuosos que no habían visto jamás á un infiel armado.

El Nuevo Mundo se llevaba casi toda la atención de Portugal y de España. Los portugueses, que habían reconocido ya todas las costas occidentales de Africa, aspiraban principalmente á formar establecimientos y hacer conquistas en las Indias orientales, de las que solo tenían noticias vagas, y aun no sabian el rumbo que debían seguir para ir á ellas por mar. Vasco de Gama, distinguido por su valor y esperiencia, salió de Portugal en el mes de julio de 1496 con una flota y muchos oficiales hábiles; dobló el famoso Cabo de Buena Esperanza, que había reconocido algunos años antes, y llegó felizmente á la isla de Mozambique, en las costas orientales de Africa (1). Era abundante de frutos y ganados, y la habitaban negros idolatras, pero muy afectos á

(1) Marian. l. 26; Maff. l. 11; Barr. l. 4, c. 9.